

DOS ARTISTAS POPULARES QUE SE FUERON

El 24 de diciembre en la madrugada, como si hubiera decidido festejar la Navidad en un ambiente más apropiado para la paz de su espíritu, se durmió para siempre Eloísa Torres.

El 18 de enero partió Abraham Ferrer de Nueva Venecia, espacio falconiano en donde construyó con esfuerzos el hogar familiar, mejorado y agrandado con el producto de su trabajo como creador popular.

ELOISA TORRES

La Niña Eloísa, como el afecto de la gente de Escuque prefirió llamarla siempre, había compartido con ese pueblo más de nueve décadas de vida serena y apacible.

Con sus manos de creadora logró transformar en obras de arte hasta los detalles más sencillos de la vida cotidiana y pueblerina, las rutinas secularmente femeninas por ella conocidas, los eventos religiosos de su entorno como si tuviese los poderes atribuidos al rey Midas, pero trascendiendo con creces la estridencia visual del metal dorado, a partir del barro forjó todo un mundo de inédita riqueza cultural y espiritual.

Como testimonio de su paso por la vida quedan hoy sus procesiones de la Virgen, del Santo Niño de Atocha, de San Benito, sus nacimientos —con reyes, pastores y ovejas incluidos— muchas escenas de la vida de su pueblo y de Simón Bolívar, bodas, imágenes populares como mercaditos, vendedores de frutas y trabajadores del campo, hasta algunos de sus sueños, recreado todo con la misma pureza y colorido que también fueron características de su personalidad.

Verla trabajando mientras daba vida a sus personajes era una experiencia inolvidable. Su voz tranquila y profunda, con inflexiones de ternura que parecían acentuarse mientras moldeaba el barro con manos sabias, no estaba hecha para el soliloquio sino para el diálogo con sus personajes. A medida que los afinaba en gestos y características, parecía transmitirles sentimientos e ideas. Para ellos inventaba argumentos que justificasen los gestos y ademanes que les atribuía, los escenarios en donde los insertaba.

En su largo camino tuvo la fortuna de transitar, desde la incompreensión hacia su obra hasta el reconocimiento a sus méritos. En una ocasión el cura del pueblo se negó a bendecir uno de sus nacimientos porque las figuras no eran bonitas. Con el tiempo le tocó vivir la negativa de un sacerdote a bendecir una de sus obras de tema religioso por una razón muy diferente: ¡Qué mejor bendición que la de sus

manos!

Su entierro fue una gran manifestación de amor y de respeto al digno final de una vida. La gente se despidió de ella como de un ser querido llamado a mejores destinos. Sin avisos de prensa ni convocatorias especiales, los habitantes del pueblo y personas venidas de lugares cercanos hicieron acto de presencia para acompañarla por última vez. El cortejo conformó una serena y casi gozosa procesión, con música a cargo de la banda local, que no fue fúnebre ni triste ni tuvo el sentido doliente de los adioses. De su casa fue conducida al Ateneo y de allí a la Iglesia. Su sempiterna humildad habría recibido una gran sorpresa si hubiera escuchado al cura diciendo que un alma como la suya no necesitaba oraciones. En el cementerio los músicos se detuvieron casi solemnemente antes de que fuera bajado a tierra el ataúd y se despidieron de sus restos mortales a los acordes de Conticinio. Laudelino Mejías, otro trujillano ilustre, prestaba la quietud de su obra más conocida para destacar la paz que marcó su vida y su muerte.

No dejó descendencia. Pero como muchas mujeres que no han conocido la maternidad física, supo prodigar a manos llenas la ternura que surgía de su corazón bondadoso. Deja una discípula, su cuñada Carmen de Torres, legataria no sólo de su afecto fraterno sino también del saber de sus manos.

ABRAHAM FERRER

En su casa cercana a Borojó, rodeada por un bosque de cactus y siempre acompañado por el canto de los pájaros, sucumbió finalmente a la enfermedad que de él hizo presa en los últimos años.

Recién desaparecida Aura, su compañera de toda la vida, tuvo que enfrentar dolores, problemas y angustias de distinto orden. Varios años atrás se había convertido en evangélico, junto con toda su familia. Las restricciones impuestas por sus nuevas creencias y prácticas lo apartaron de algunos problemas que habían afectado sus años juveniles y lo acercaron a la música. En cambio, lo alejaron

**Carmen Adela López
de La Roche**

de las tallas de tipo religioso. Fue severo y estricto consigo mismo y con los suyos; también, escasamente flexible en la adopción de nuevas líneas de trabajo que hubieran contribuido a estabilizar, mejorar y aumentar su producción. Como no pudo o no quiso adaptarse a las exigencias requeridas para el otorgamiento de los créditos que se le ofrecían para adquirir materiales y herramientas, fue rindiendo cada vez menos y produciendo en cantidades siempre muy limitadas.

Su larga familia recibió de su proximidad, tal vez igualmente de sus genes, la habilidad para tallar y pintar. Los pájaros grandes quedaron para su hijo Víctor y los pequeños para los hijos menores; las mujeres talladas, para Aura y Mercedes; la pintura, en cuadritos pequeños de madero, para los muchachos suyos que iban a la escuela. Después de unos pocos

pero exitosos intentos en materia pictórica sobre chapa de madera y talla figurativa, se quedó con los espejos, cuyos marcos de madera tallaba y coloreaba con singular ritmo y simetría, piezas utilitario-decorativas, como percheros, portabiblias, baúles, banquitos. Sólo ocasionalmente regresó a las tallas de sus primeros tiempos, algunos ángeles, por ejemplo.

Se ofendía muchísimo cuando alguien le preguntaba de dónde sacaba los diseños de los marcos de sus espejos, de sus mesas y repisas policromadas; se enorgullecía de no repetir nunca una obra. Tuvo conciencia del valor de ésta y no la prodigó nunca a precios de regalo ni como obsequio. Pero sin embargo sufrió privaciones y supo en carne propia lo que para el creador popular significa en Venezuela carecer de protección social de

algún tipo. Por eso no le fue fácil sobrellevar las exigencias de su enfermedad y los pesares de la pobreza. Tal vez ello recuerde, a quienes se empeñan en visualizar a los artistas populares como protagonistas de un mundo mágico que los aparta y protege de las desventuras de los demás mortales, la necesidad de asistencia y protección social efectiva para quienes sólo cuentan para sobrevivir con la creatividad de sus manos.

Con la desaparición de Eloísa Torres y Abraham Ferrer se van dos figuras cuyas obras, dotadas de estilo y personalidad inconfundibles, testimonian fehacientemente la creatividad popular. Siendo dignos representantes de ésta fueron, igualmente, dos seres humanos cuya realidad vital es indisoluble de la realidad socio-cultural venezolana de la cual formaron parte.

REVISTA

Juntos

La Revista de la Acción Popular

Publicación Trimestral

Editada por



CENTRO AL SERVICIO DE LA ACCIÓN POPULAR

Desde hace 6 años el Centro al Servicio de la Acción Popular (CESAP), presenta a las organizaciones comunitarias del país este Medio de Comunicación como herramienta de acción y reflexión, con el propósito de convertirse en referencia para la actividad del Movimiento Popular Nacional e Internacional; como expresión libre de sus opciones, esperanzas y luchas, convocando el bienestar social necesario.

SUSCRIPCIÓN: Bs. 1.000,00 (4 números al año)

NUMERO SUELTO: Bs. 120,00

COLECCIÓN DE 20 NÚMEROS GRATUITA PARA SUSCRIPTORES

San José a San Isidro, (Al Lado Abadía), Caracas 1010-A, Aptdo. 4240, Venezuela
Telf. 81-38-85/ 862-74-23 Fax: 862-71-82